

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XVII

Diciembre de 1940

Núm. 186

Puntos de vista

Norte América y Sud América

PREOCUPA a algunos escritores norteamericanos el problema de expandir la cultura de aquel país en la América Hispana. En oposición, por cierto, a la cultura de carácter totalitario, si así pudiéramos expresarnos. Porque es también efectivo que la propaganda secreta ha tratado de desvirtuar la acción cultural norteamericana proclamándola como el triunfo de la mediocridad.

Lo cual es, ciertamente, inexacto. Pero ha ocurrido que hasta no hace mucho Norte América era conocida únicamente por su expansión comercial. La cultura está adscrita a las grandes empresas o trust de que tan fértilmente dotado se encuentra ese país. El National City Bank está en casi todos los países de hispanoamérica y sus líneas de vapores cruzan continuamente las aguas de estos mares. Cuando América del sur necesitaba apoyo para su desenvolvimiento comercial o industrial acudía a las reservas poderosas de los banqueros norteamericanos y era ésta (o es) la única senda que para el conocimiento de la República de Lincoln, tenían los sudamericanos.

Debemos ser cautos en esta marejada que ahora nos llega de Europa, abultada por la guerra que allí se desarrolla. Junto al plan bélico de expansión existe el plan de extensión cultural. Silenciosamente, los agentes de la antidemocracia extienden sus tentáculos para demostrar en cada oportunidad, que sólo aquellas cul-

turas poderosas son indispensables y necesarias para la América hispana. La guerra es un agente brutal, sin duda, (expresan en su lenguaje acomodaticio) pero es una eventualidad impuesta por la necesidad de dar al mundo un orden nuevo y con él una nueva concepción de la vida y de la moral.

El conocimiento que poseemos de Estados Unidos, es decir de su intelectualidad, es muy precario. La cultura de aquel país, salvo en la traducción de algunos poetas y novelistas, nos es enteramente desconocida. Sus historiadores, sus filósofos, sus hombres de ciencia, si nos parecen grandes a través de las referencias de los que los conocen, no alcanzan a formar una atmósfera para la comprensión del país que los alberga. Algunos espíritus curiosos, algunos hombres de estudio que han realizado viajes a Estados Unidos, y otros que se preocupan de conocer algo de la psicología de la República del Norte, pueden ser excepciones en esta ignorancia general.

Los que han especulado con la idea de que sólo lo económico puede ser útil al intercambio recíproco de los pueblos, habrán caído en la cuenta de que eso sólo no basta, que es insuficiente, que ni siquiera sirve para armonizar o fortalecer las relaciones de los pueblos para una tarea común y para el afianzamiento de un ideal común. Los escritores norteamericanos, a que hemos hecho referencia al comienzo, han descubierto ahora la inmensa laguna que existe en el camino de las relaciones de Estados Unidos con los países de Hispano América. Si aquellos banqueros y aquellos empresarios de grandes industrias o de gigantescas casas de comercio determinaron con sus empréstitos o con sus maquinarias, o sus productos, la creencia o el teorema político de la «buena vecindad», ello ha venido ahora a revelar, en los estudiosos y en los observadores, que hacía falta otro intercambio, otro conocimiento, otra «vecindad» más profunda y más concreta en el orden superior del espíritu. Y esto es lo que falta y esto es lo que echan de menos los escritores aludidos.

La propaganda que viene de Europa, subrepticia, tenaz, insis-

tente, oleosa, se apoya con datos efectivos, en la orfandad de relaciones en que viven estas repúblicas respecto de la república norteamericana. La expansión del tipo de cultura nazista se hace a costa de esa orfandad y a costa de la idea diseminada, con agudeza, de que el comercio solamente es lo que ha interesado a los Estados Unidos, el comercio y la expansión económica. Uno que otro instituto de cultura y alguna biblioteca donada por establecimientos fundados por multimillonarios, apenas si alcanzan a ser un punto en un desierto. El volumen general de la cultura, el volumen de las normas espirituales, el conocimiento minucioso de los escritores, de los filósofos, de los poetas, de los ensayistas, de los maestros de moral, de los sociólogos, escapa al conocimiento de más del noventa por ciento de los ciudadanos de hispanoamérica.

El tema es indudablemente tentador para que lo aborden los hombres de estudio que conocen las realidades de la vida norteamericana, las realidades de la vida espiritual de estos países y las realidades de la propaganda que arrecia en estos ámbitos desde los rincones ensangrentados de Europa. Una mentalidad expansionista y agresiva quiere hacer presa de las tierras del Nuevo Mundo, e infiltrar en ellas el tósigo de su cultura. El Nuevo Mundo tiene algunas armas, pero faltan las irrompibles del espíritu acerado por la disciplina y por la reciprocidad de comprensión. Las guerras no sólo se ganan en los campos de batalla. Las más resonantes, y extensas, y profundas son las que se ganan en el campo de la cultura.